

José Santa Cruz Teijeiro

Especialista en Derecho Romano y Latín

Erudito en las lenguas clásicas y el Derecho Romano, defensor convencido del humanismo y del latín, estudió en Friburgo, Heidelberg y Bolonia y formó parte del equipo de intérpretes y traductores de alemán de Franco y Serrano Suñer, al preparar sus encuentros con Adolf Hitler y la firma de pactos culturales con el III Reich.

Impresionaba el furgón funerario que esperaba en una calle de Valencia, rodeado de toda la parafernalia festera de las fallas, horas después de haber llegado el momento de la felicidad suprema del ilustre humanista. Los días anteriores habían sido muy dolorosos para todos. La frase de Ovidio se hacía realidad, *Morsque minus poenae quan mortis habet*, la muerte causa menos dolor que la espera de la muerte.

El último suspiro de don **José Santa Cruz** provocó en Valencia el mutismo sobrecogedor de una mascletà preparada con el entusiasmo de unos falleros que acabaron esparciendo por sus calles las flores de un homenaje de silencios; sin músicas, sin tracas, sin estruendos ni estridencias en el día de San José de 1987, cuando falleció.

Fue su deseo el de ser enterrado en Benicàssim, donde vivía. Y recuerdo que la lluvia nos obligó a guarecernos bajo el paraguas a quienes no cabíamos en la iglesia parroquial de Santo Tomás y tuvimos deseos de acompañar sus restos hasta el pequeño cementerio desde donde se divisa el mar de sus últimas sensaciones, frente al que yo estuve con él sentado en la terraza de su villa, en la plazoleta de la Almadraba.

No gustaba en absoluto de hablar de sí mismo. Entre libros, en la villa, caminando por la orilla del mar, en la terraza de su apartamento en Arenal, donde éramos vecinos, tuvimos ocasión de hablar muchas veces, pero apenas de sí mismo, muy poco de su vida. Pero en las charlas iban saltando entre las palabras los nombres de personas y lugares que me sirven ahora.

LA VIDA

Nació en Castellón el día 1 de diciembre de 1902.

—Fue mi maestro de primeras letras don **Carlos Selma**, republicano impenitente, de honestidad ejemplar, que nunca hizo granjería de sus cargos y saberes, me decía.

Pasión por sus maestros, era un sentimiento constante.

–Mi bachillerato no se distingue precisamente por su brillantez y solamente en los últimos cursos es cuando aflora en mí el interés por el estudio y el atractivo que siento por el cultivo de las lenguas clásicas. Es cuando se cruza en mi camino una personalidad de méritos relevantes, de rectitud a toda prueba, de consciente ortodoxia católica. Me refiero a mi fraternal maestro y amigo **Luis Revest**.

–Don Luis cultivó con éxito los autores latinos...

–Sí, especialmente Virgilio y Horacio, y los traducía, algunos a lengua vernácula, con una elegancia difícilmente superable.

En Valencia cursó la carrera de Derecho. Y aunque en su biografía hay un hito en las becas y pensiones conseguidas para estudiar o ampliar estudios de Derecho Romano, su especialidad, tanto en la Universidad de Friburgo como en la de Heidelberg, él puso más empeño en la consecución de una beca-pensión para estudiar en la famosa universidad italiana de Bolonia, donde se creó la universal escuela de jurisconsultos, faro y luz para todo el mundo de especialistas en Derecho Romano. Durante dos años vivió en el Colegio Español fundado por el cardenal Gil de Albornoz.

–Bajo las hermosas torres de Asinelli y Garisenda me saturé de aquel ambiente de estudio y trabajo intensísimos y conseguí el doctorado en Derecho, ambivalentemente en Italia y en España–, explicaba.

Después todo se fue sucediendo como era de esperar. Contrajo matrimonio con la distinguida y discreta dama castellanense, **Clotilde Rodríguez Bajuelo** y en octubre de 1935 ganó la oposición a la cátedra de Derecho Romano en la Universidad de La Laguna. Después intervino como profesor invitado en la Universidad de Múnich, posteriormente catedrático en la de Murcia, hasta que consiguió su ilusión de serlo en la Universidad de Valencia, de la que en 1948 fue nombrado Decano y más tarde vice-Rector. A los 70 años se jubiló y se trajo a su retiro de Benicásim el nombramiento de Decano Honorario. También fue miembro del Instituto Vitoria y del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Nombrado por el alcalde **Vicente Traver Tomás**, don José fue concejal del Ayuntamiento de Castellón en 1940 y algún tiempo después mientras se lo permitieron sus ocupaciones en el Instituto Nacional de Estudios Jurídicos del Ministerio de Justicia.

También desde 1955 fue nombrado vicepresidente de la Diputación de Valencia, donde residía por aquel entonces.

Su prestigio universal se acrecentó como autor erudito y como traductor de los más famosos autores de Romano, como Kaser, Koschaker, Schulz..., los maestros alemanes, lengua que dominaba con rigor académico. Tan es así que, invitado por

su gran amigo **Ramón Serrano Suñer**, el ministro castellonense, formó parte del equipo de intérpretes y traductores del Jefe del Estado y del Gobierno, en los ya legendarios encuentros entre Hitler y Franco y en la firma de pactos culturales y de no agresión con el III Reich.

Sus últimos tiempos -y en su corazón, siempre- su mundo fue Benicásim. Diariamente, acompañado por su esposa, un paseo hasta las Oblatas para oír misa y comulgar. Y, mientras, el mar, sus clásicos, su latín y sus saludos solemnes a unos y otros con el inclinar de su majestuosa cabeza.

EL RECUADRO

En toda la provincia hay cientos de profesionales del Derecho que han sido alumnos del profesor Santa Cruz. Muchos recuerdan sus apuros al tener que estudiar una asignatura de derecho en latín. Y es que don José recordaba muy a menudo que “el latín fija el sentido dialéctico del joven y enseña con rigor lógico a argumentar de modo muy ceñido y sin escape. Obliga para ordenar una frase a una gimnasia intelectual constante”. También defendía con razones su asignatura: “Es indiscutible el alto valor del Derecho Romano para la formación del jurista. No sólo consiste en el desarrollo y depuración del razonamiento jurídico o las facultades específicamente propias del jurista, sino de modo muy especial en la génesis y estímulo de aquellas dotes de carácter moral que hacen del jurisconsulto un ‘sacerdos’ y cuya ausencia le convierte en un vulgar ‘togatus’”. Pero su gran añoranza la sentía siempre por la eufonía solemne del latín en las celebraciones religiosas.